

VICENTA PILAR FLORES RUÍZ

"Una niña de la guerra y su paso por Herencia"

Ángel S. Martín-Fontecha Guijarro



1. Introducción.

Como daños colaterales de la Guerra Civil Española tenemos a miles de niños a los que se les robó su infancia y su niñez. Son los niños perdidos, o incluso niños robados durante la Guerra y la posguerra, tutelados por instituciones afectas al régimen, principalmente porque sus padres habían muerto. Al Estado le correspondía la patria potestad de estos niños cuyas familias eran consideradas con "malos antecedentes".

A esto se le unía la Ley que permitía, a este considerado Auxilio Social, la facultad de cambiar los apellidos de los niños acogidos en sus centros, lo que facilitaba que no pudieran ser reclamados por algún familiar cercano. Esta política desembocaba en adopciones irregulares, ocultamiento de identidad e internaciones forzosas. Y como fenómeno inseparable a estas prácticas, nos cuesta poco imaginarnos una constelación de conceptos y secuencias de hechos encadenados: ilegalidad, trata de personas, tráfico de niños, mafias, redes clandestinas, violentamiento de las voluntades, secretos culpables, niños indefensos, pérdidas, hijos buscando siempre su Historia...

La consecuencia es que hay personas que durante toda su vida se han sentido como un árbol sin raíces, como amputados.

Como ejemplo de este trauma y desarraigo tenemos el caso, cuya historia vital la aproxima al pueblo de Herencia, de una niña; se trata de Vicenta Pilar Flores Ruiz.



Huérfana de madre, su posible padre el capitán Melecio Álvarez Garrido, comisario principal del Ejército republicano, murió fusilado.

Vicenta no pudo hacer nada para escapar del destino que los franquistas habían previsto para ella. Fue introducida en un tren, llamado de los niños perdidos, con apenas seis años, y llevada a Madrid, donde le fue suplantada la identidad.

La “nueva” niña Vicenta, a la que habían rebautizado con los apellidos Flores Ruiz, pasó por cuatro familias de acogida diferentes hasta que, finalmente, encontró cobijo en un matrimonio de labriegos naturales de la localidad de Herencia (Ciudad Real).

2. Sus frágiles recuerdos.

A continuación, se da forma literaria a los recuerdos de infancia y juventud de Vicenta, a partir de sus propios relatos:

“No sé cuando nació. Mis frágiles primitivos recuerdos me llevan a una casa de Valencia, y allí los mimos y caricias de un hombre alrededor del que yo revoloteaba. ¿Era mi padre? La sutil memoria de estas imágenes me ha servido de alivio y consuelo en tantos episodios de aflicción que han salpicado mi devenir vital.

De repente esos momentos felices se diluyen y me veo envuelta en el ensordecedor traqueteo de un tren. Rodeada de niños siento el frescor del viento al asomarme por una ventanilla y los juegos compartidos sosteniendo una banderita en mis diminutas manos. Alrededor de nosotros, mayores conversan a voces para que sus palabras no sean devoradas por el estruendo que inunda el lugar. Palabras como guerra o Madrid se repiten continua y prontamente formaron parte del reducido vocabulario de una niña cada vez más perdida y desubicada.

Al llegar a nuestro destino, el tan nombrado Madrid, muchas personas nos esperaban y, nada más pisar el suelo tras bajar del inmenso tren que nos había acogido, se lanzaron hacia nosotros. Nos observaban, nos zarandeaban, ... Los niños más pequeños eran los más abrazados, los más acariciados y, de manera fugaz, fueron apartados poco a poco del grupo masivo y los veíamos como se marchaban de los brazos de unas parejas exultantes y radiantes.

El jaleo inicial se fue diluyendo al tiempo que el grupo de niños se iba reduciendo significativamente. A mí algunos mayores me miraban, me agarraban, pero siempre me volvían a dejar en el grupo. No era acariciada ni me besaban como a los otros niños. Creo que ser una de las niñas mayores provocaba rechazo a los adultos. Por primera vez supe lo que era sentirse despreciada y quizá fuera el momento en el que el desarraigo se convirtió en un inseparable compañero de mi existencia.

¿Dónde estaba aquel hombre que me mimaba y me llenaba de zalemas y halagos?

Con la soledad como compañera, unas monjitas me llevaron a un colegio donde fui internada. Allí mi identidad fue mancillada. Se me asignó una edad aproximada y mi apellido fue tristemente modificado en varios momentos que decidieron que tenía que irme a vivir con diferentes familias que se fueron sucediendo en un corto espacio de tiempo. Era el presente que le correspondía a una niña como yo, al principio me lo llamaban a hurtadillas, pero luego me hicieron partícipe, sin delicadeza alguna, que mi destino era el que correspondía a una niña de la guerra.

Hasta en cuatro momentos se repitió el cruento protocolo de exhibirme ante diferentes familias que iban al colegio en busca de un infante para completar sus inquietudes familiares. Era un vía crucis que, en las dos primeras ocasiones, se inició con el fraudulento aviso, por parte de las religiosas, que me anunciaban que mis papás habían ido a buscarme. La primera vez me puse muy contenta esperando encontrarme con mi padre. Pero eran otras personas las que me aseguraban que me había extraviado y que venían a recogerme para llevarme a casa.

Sospecho que era la forma que tenían aquellos adultos de darle naturalidad a un proceso de adopción, pero la verdad es que mi cabeza se llenó de una gran confusión que me costó años asumirla. Mi corazón era un balón que se inflaba y desinflaba cada vez que la pareja que dirigía aquella inclusa me llamaba a su despacho.

Siempre con la esperanza de ver a mi padre, cuyo recuerdo me mantenía ilusionada en un entorno tan encarnizado para una niña. Deseaba mantener intacto el convencimiento de que ese hombre volvería a mi vida, pero, por desgracia y muy al contrario, allí sólo aparecían señores y señores desconocidos.

Mi primera experiencia como acogida tuvo como protagonistas a una pareja alemana afincada en Madrid. Recuerdo como me llevaron a su domicilio en un coche enorme y como allí fui recibida por un inmenso perro que me saludó con unos retumbantes ladridos que hicieron estremecer todo mi diminuto cuerpecito. Con este matrimonio apenas estuve dos semanas.



El segundo cobijo me llegó a través de dos viejas gruñonas que tal y como escuché, a escondidas, de alguna monjita del colegio eran viudas de generales y muy afectas al régimen. Creo que fue la primera vez que, entendiendo mi situación, me esforcé sobremanera para que me quisieran, pero las ancianas nunca me mostraron ninguna muestra de cariño, ni el más mínimo abrazo. Incluso cuando no encontraban algo que su mala cabeza no les permitía recordar donde lo habían dejado, siempre me culpaban a mí y llamaban ladronzuela. Tampoco estuve con ellas más de dos semanas.

Por una u otras razones, nunca pasaba la prueba y siempre volvía al colegio con las monjitas, donde me hacían sentir como una niña mala que sólo daba problemas y que nadie me quería.

Un poco de luz en las tinieblas de mi niñez sucedió cuando me acogió un matrimonio, dueño de una zapatería. Como decían las monjitas, gente con posibles. Con ellos pasé las fiestas navideñas y, puedo asegurar, que fue la primera vez en muchísimo tiempo que, pese al pesar que invadía mi alma niña, mi sonrisa afloró agradecida en mi rostro.

Fueron muy generosos conmigo, me regalaron más juguetes que los que había tenido en toda mi vida. Y aunque aprendí con creces que los bienes materiales no suplen las carencias emocionales, más siendo tan niña, he de decir que en mucho tiempo fueron unos días felices.

Sin embargo, mi felicidad parecía estar abocada a una utopía sin remedio. No sé aún por qué estos comerciantes me devolvieron al convento. Escuché que se marcharon de Madrid, que por una mala gestión estaban expuestos a una suspensión de pagos.... Términos muy complicados para mi entendimiento pero que concluían en lo de siempre: nuevamente sola.

Mi cuarto destino cambió mi rumbo. En esta ocasión, en mi horizonte apareció un matrimonio de agricultores de una pequeña localidad manchega. He de adelantar que, con el pasar del tiempo, fueron a los únicos a los que llamé padres.

Hasta encontrarme con ellos, los que decidían sobre mi futuro, me hicieron sentirme portadora de unos invisibles grilletes que atenazaban mi crecimiento. Me hicieron sentir frágil, sumisa, temerosa, sucia... Me sentía incapaz de escuchar mi propia voz, siempre temiendo las reacciones de los demás.

"UNA NIÑA DE LA GUERRA Y SU PASO POR HERENCIA"

Llegué a La Mancha con los siete años que me correspondía por los expedientes del convento de acogida y he de decir, con muchísimo orgullo y cariño, que estuve con este matrimonio hasta mi mayoría de edad.

Era un pueblo pequeño, pero donde pronto me hice partícipe de la amistad de primos y vecinos con los que los juegos cotidianos se fueron haciendo frecuentes e indispensables.



Y así compartiendo momentos de esparcimiento y ayudando en todas las tareas agrícolas que desarrollaba la familia me fui convirtiendo en mujer. A veces, nubarrones inesperados asomaban en mi quehacer diario. Algún desaire con cualquier vecino y la forma de hacerme más daños era acusarme de ser adoptada, abandonada por unos padres que no me habían querido.

Pero mi corazón estaba encallecido con creces, y gracias a estos padres el vértigo y el miedo fueron dando paso a un fortalecimiento interior. Sus cálidos abrazos rompieron mis condenas y me fueron construyendo alas de las que aún hoy me siento orgullosa.

Cuando tuve 14 años, más o menos, y me consideré capaz de hacerlo, inicié una búsqueda personal de respuestas como acto de reafirmación vital. Durante un tiempo, del trigo que íbamos segando en la era me fui llenando los bolsillos con unos puñados que al término de la jornada echaba en un saco que guardaba en mi habitación. En unos meses llegué a rellenar una talega importante, y con ella me aventuré a vivir un episodio de mi vida que, visto hoy desde la distancia temporal, me produce escalofríos.



Con el saco de trigo al hombro abandoné el hogar de mi familia manchega y me dirigí, andando, a la localidad próxima que tenía estación de tren. Más de trece kilómetros que decenas de veces había realizado con el carro de mi padre de acogida para ir al mercado vecino a vender los frutos que las tierras nos ofrecían.

Pero esta vez el viaje lo hice andando. A hurtadillas por un camino polvoriento escondiéndome cuando escuchaba como se acercaba algún carruaje a mis proximidades. Cuando llegué a la localidad vecina ofrecí a todos los hombres con los que me cruzaba mi saco de trigo y finalmente el dueño de un comercio próximo a la estación del ferrocarril me lo adquirió por una cantidad que me permitió coger el tren hasta Valencia.

Y así, el mismo ferrocarril que me sacó de mi tierra me llevaba a ella. Yo estaba agitada e intranquila ante la aventura de la que estaba siendo protagonista y de la que nadie sabía nada. Todo había sido un secreto planeado con total sigilo por lo que me encontraba totalmente satisfecha.

No recuerdo muchos detalles del viaje, mi memoria me sitúa, no sé cómo llegué hasta allí, en mi antiguo barrio, frente a la fachada de mi hogar. Las lágrimas recorrieron mi rostro, el edificio estaba vacío. Mi presencia allí no pasó inadvertida para una antigua vecina que me reconoció. Aquel instante, donde aquella mujer octogenaria me abrazó de manera impulsiva, me quedaría grabado para siempre. Ella también se desbordó en lágrimas infinitas. Cuando pude articular palabra y contarle la razón de mi presencia en aquellos lares, una cascada de sollozos por parte de la anciana fue, durante unos eternos minutos, su única reacción.

Gracias a esa vecina tuve un lugar donde descansar y tomar alimento durante las tres jornadas en las que estuve en mi ciudad. Además, aunque fue muy parca en detalles sobre mi padre, que yo le requería, siempre que hablaba de él terminaba acongojada y cortaba de forma brusca y tajante la conversación; pude conocer algunos detalles de mi padre.

La dichosa guerra, un general del ejército republicano, el fusilamiento en el penal próximo, y tanto y tanto dolor y miedo... Piezas de un puzzle inconcluso pero que, a mí, pese al desconuelo de saber que ya no vería a aquel hombre, me servían para responder preguntas perpetuas que desde años se habían enquistado en mi cabecita de niña. Y, sobre todo, el convencimiento personal de que no fui abandonada, que el amor de aquel hombre era real y perenne.

Una tarde me atreví a acercarme al centro penitenciario que había a sólo unas manzanas de mi barrio. Quería obtener más información, pero aquella idea fue el colmo de mi osadía y, al mismo tiempo, una imprudencia que acabó de forma abrupta con mi correría de búsqueda de pesquisas sobre mis orígenes.

Una jovencita sola, haciendo preguntas, llamó la atención de unos guardias que pronto cotejaron que yo era aquella niña por la que se había interpuesto una orden de búsqueda desde un pequeño pueblo manchego. Así que, de nuevo, me vi en el tren en un desilusionante viaje de vuelta al punto de partida de aquella andanza juvenil.

Y así volví con mis padres de adopción de los que no recibí ni el más mínimo reproche, sólo caricias y arrumacos. Con este regreso la aceptación de mi situación y mi cariño sin medida a aquel matrimonio que se desvivía porque mi existencia fuese lo más feliz y dichosa posible.



Con ellos aprendí que la vida, a pesar de las estrecheces y los malos episodios, está para ser vivida con todo lo que tiene por ofrecer, y que tiene que ser compartida con las personas que realmente valen la pena compartirla. Aprendí que las respuestas a lo complejo a menudo son simples, la contestación a los trastornos puede no estar lejos. Estos agricultores manchegos, en su quehacer diario, me enseñaron a volver a sentir, el valiosísimo lenguaje del amor. Compartiendo con ellos alegrías y pesares, y siendo partícipe de sus lógicas y emociones conocí de qué estaban hechas mis alas y pude ir limando los barrotes de mi cárcel.



Y durante años me convertí en su apoyo para no ser la sombra invisible de nadie. Ayudaba a mi madre, tras las duras faenas en el campo, a zurcir calcetines, a remendar pantalones y camisas y era confidente de como guardaba monedas para estirarlas en

momentos de estrechez y poder llegar a fin de mes. Y siempre compartiendo su sonrisa paciente preparando el avío cotidiano como sustento para las necesitadas fuerzas. Y siempre me inculcó como pese a todos nunca debemos ser la huella de nadie para procurar consolidar un vigoroso muro de particular independencia;

De mi padre aprendí a huir del miedo y como construirme mi propia voz y, sin duda fue mi mejor bastión para llenarme de inteligencia y talentos, de constancia y esfuerzos.

Hoy, de este matrimonio, se me llena el alma de admiración y respeto. Fueron, en años muy complicados, mi bastón y mi guía; y supieron convertirse, y no se lo puse fácil, en protagonistas de mi vida.

Cuando cumplí los dieciocho años regresé a Valencia, pero nunca los abandoné.

Me casé y tuve seis hijos. Éstos siempre han llamado abuelos a aquel matrimonio que con tanto cariño fueron protagonistas de mi juventud. Incluso, guiños del destino, una de mis hijas nació en aquel pequeño pueblo manchego durante una de las visitas que con asiduidad les realizamos. Como particular y sencillo homenajes para ellos, el segundo nombre de esa niña es el de aquella mujer que tanto se desvivió por hacerme feliz.

Unas décadas después, el intransigente destino vital acabó con la existencia de aquellos padres. Me permití costear los gastos de sus entierros, qué menos podía hacer.

Yo nunca perdía mi inquietud por seguir indagando para completa los vacíos de los recuerdos de la niñez. Incluso acudí a algún popular programa de televisión que se dedicaba a la búsqueda de raíces perdidas. Y algunas piezas más se fueron añadiendo al puzle de mis orígenes".

3. Intentando completar las piezas de un puzle vital.

Personalmente llegué a conocer algo de la historia de este personaje hace algunos años, cuando la propia Vicenta llenó páginas en diferentes medios de comunicación como *"El País"* o *"El Mundo"*, o el Diario Provincial *"Lanza"*, que se hicieron eco de la odisea vital de esta mujer. Incluso fue una protagonista del popular programa de televisión de los años 90, presentado por Paco Lobatón, *"¿Quién sabe dónde?"*

Indagué y publiqué un breve anecdotario sobre las peripecias de aquella mujer que pasó parte de su infancia y toda su adolescencia en el pueblo de Herencia.



En el verano de 2022, recibí una grata visita. Se trataba de Arlett Pujol, hija de Vicenta, y que estaba intentando obtener la máxima información sobre su madre y su relación con el pequeño pueblo manchego que la acogió siendo niña.

Desde entonces, hemos ido completando, por desgracia no completamente, un puzle de acontecimientos y curiosidades que nos acercan a la figura de este personaje y que a modo telegráfico se detallan a continuación:



- Quizá Vicenta Flores no sea su nombre. Así la bautizaron en el orfanato, pero nuestra protagonista recuerda, en sus vagas añoranzas de niña pequeña, que en algunos momentos fue llamada Vicenta Álvarez o Pily Garrido.

- Otros personajes relacionados con los primeros años de Vicenta: Su madre, quizá Remedios, que quizá muriera en el parto; su posible padre, Melecio Álvarez Garrido, Comisario del Ejército Republicano fusilado el 24 de octubre de 1940 en Paterna –Valencia- (sin embargo, aunque había la seguridad de saber dónde fue enterrado, los estudios del ADN no corroboran la relación del cadáver de la fosa común de Paterna con el de los descendientes de Vicenta); Dolores Luzón, la mujer que la cuidaba siendo muy niña durante las ausencias de Melecio....

- De sus años niños en la capital valenciana dos domicilios en las calles Ramon y Cajal o la calle Doctor Sunsi.

- En agosto de 1940, fue inscrita en el Registro Civil de Madrid, al parecer con una edad de siete años y medio. Es curioso como en esta inscripción aparece como una niña expósita, circunstancia que no era cierta. Los expósitos eran los niños abandonados, “*expuestos*”, entregado por sus padres a instituciones de beneficencia denominadas inclusas o casas u hospitales de expósitos. Vicenta no fue entregada por sus padres, era una niña huérfana que terminó siendo aporijada. El verbo aporijar, muy usado en ciertas zonas castellanas, era muy usado para referirse al hecho de que una pareja aceptasen a alguien por su hijo, similar a lo que hoy entendemos por adoptar.

A

Nº 994360 A

CERTIFICACION LITERAL DEL ACTA DE NACIMIENTO

Libro 198
Folio 703v
Núm. 4-9
Procedencia del documento en su caso: _____

Don: _____
(Nombre y apellidos)

Juez Municipal _____ de _____
provincia de _____, y Encargado de su Registro civil,

CERTIFICO: Que el acta al margen reseñada, literalmente dice así:

Al _____ Vicenta Flores Ruiz.- Donde el Registro Civil de Madrid.-
Distrito del Correo.- V. del día _____ a las _____ y cuarenta minutos del día
veinte de agosto de 1940.- que esta acta con José Martínez Vaz
una Juez Municipal y don Clemente de Vaz y Vaz, secretario.

- Tras los intentos de adopción que ella misma relata, fue un matrimonio de agricultores de Herencia (Ciudad Real) los que se hicieron cargo de ella. Fueron Urbano Sánchez-Rabadán y Sagrario Martín-Fontecha, que vivían en la calle Tercia número 1 de la localidad y a ella la decían Sagrario la *"del duende"*. Urbano y Sagrario se habían casado en la localidad herenciana el 10 de Noviembre de 1921. Precisamente, en una ficha de empadronamiento de Vicenta Sánchez Martín-Fontecha en Herencia aparece como fecha de nacimiento el 12 de octubre de 1934 (seguramente fuese una fecha ficticia y se tomara por ser la festividad de la Virgen del Pilar).

- Tras la mayoría de edad, marchó a Barcelona donde trabajó con la famosa artista del momento *"La Bella Dorita"*; para posteriormente asentarse en París donde se casó con Alphonse Pujol, de origen catalán.

- Pese a vivir en Francia, fueron frecuentes las visitas del matrimonio entre Vicenta y Alphonse, presentando a sus hijos a su *"virtuales abuelos"*. Las instantáneas de aquellos acontecimientos dan muestra de la estrecha relación entre Vicente y sus padres adoptivos.

- Como curiosidad, una de las hijas de Vicenta Flores, Arlette Sagrario Pujol, nació en Herencia el 28 de diciembre de 1956, en una de las visitas que Vicenta realizó a Urbano y Sagrario. EL segundo nombre de esta niña rememora el de la abuela. Décadas después, uno de los nietos de aquella niña de la guerra, de su hijo mayor de Armand, también nació en España en otra de las visitas al matrimonio herenciano.



- Y la relación de Vicenta con sus padres se mantuvo hasta el final. Ya viudo, Urbano visitó al matrimonio de Vicenta y Alphonse en París, en varias ocasiones. Cuando se le detectó una afección cardíaca, Vicenta gestionó su ingreso en el mejor Hospital de París y la supervisión de los mejores doctores.

Así, Urbano fue unos de los primeros europeos en recibir un marcapasos para su maltrecho corazón. Todo lo que podía hacer por él, lo hacía. Eso le permitió a Urbano añadir años y vivirlos junto sus nietos en París. Su último aliento, lo dio en los brazos de Vicenta.



- Cuando fallecieron Sagrario y Urbano, en el Cementerio de Herencia, su lápida fue costeadada por Vicenta.

- De los hijos de Vicenta queda el recuerdo de las temporadas que pasaron en Herencia visitando a los abuelos. El choque cultural para aquellos niños era inmenso, viniendo de París, la ciudad de la luz, a un pequeño pueblo de La Mancha en un momento histórico tan delicado como era la Dictadura franquista. En su memoria los paseos con las mulas que tiraban de un carro, y como ayudaban a repartir las hogazas de pan de una familia de panaderos vecinos al domicilio de Urbano y Sagrario.



- En París, Vicenta y su esposo regentaban un restaurante. Siendo la situación en España de una gran penuria económica, acogieron a un matrimonio herenciano, y uno de sus pequeños hijos, para que pudiesen trabajar en aquel establecimiento y poder hacer una pequeña fortuna para poder mirar el futuro de su familia con una holgura que la sociedad del momento en nuestro país no garantizaba.

4. Conclusión.

Hoy Vicenta se debate ante un cruel alzheimer que oscurece su memoria en los últimos momentos de su vida. Sirva este estudio como homenaje a esta mujer que sufrió de primera mano la sinrazón de una guerra y posguerra cruel con muchos, y en especial con aquellos niños que se convirtieron en sufridores de un escarnio inmerecido.

La emoción contenida al comprobar que, pese a tantos pesares, siempre ha mantenido viva la memoria de aquel matrimonio herenciano que la adoptó, creando una familia y compartiendo lo poco que tenían en haber.



Hoy, los seis hijos del matrimonio entre Vicenta y Alphonse (José Luís, Arlette Sagrario, Didier, Serge, Corinne Solange y Armand Marcel) saben, gracias a sus progenitores, de ese pequeño lugar manchego en el que su abuela vio algo de luz en el contexto de una juventud triste y pesadosa.

Sus catorce nietos y once bisnietos son la garantía de que la historia de Vicenta no caerá en saco roto, y recordarán como en el pueblo de Herencia, el 9 de marzo de 2024, homenajeó a esta mujer y su lucha por completar el puzle de su vida.



**En la calle Tercia, número 1,
vivió hasta su mayoría de edad**

la huérfana "Niña de la Guerra"

VICENTA PILAR FLORES RUIZ,

- esposa de Alphonse PUJOL -

adoptada por los herencianos



URBANO SÁNCHEZ y SAGRARIO MT.-FONTECHA

5. Fuentes

<https://www.elmundo.es/cronica/2002/357/1029750367.html>

<https://www.tenemoslapalabra.com/opinion/1044-hijos-del-pueblo-espanol-que-vuelve-a-resurgir>

Archivo Parroquial de la Inmaculada Concepción de Herencia.

Archivo fotográfico familiar



Ángel S. Martín-Fontecha Guijarro. - Dedicado a la docencia desde sendas academias de enseñanza en Herencia y Tomelloso, es autor de numerosos estudios de carácter histórico sobre acontecimientos sucedidos en toda la Comarca del Campo de San Juan. Además, es colaborador habitual de diferentes revistas digitales.



Addendum - Actualizacion necrologica

Se hace constar a efectos documentales e historicos que:

Dona VICENTA PILAR FLORES RUIZ

"Nina de la Guerra" acogida en Herencia (Ciudad Real) por el matrimonio Urbano Sanchez-Rabadan y Sagrario Martin-Fontecha, de la calle Tercia n.1,

FALLECIO EL DIA 6 DE SEPTIEMBRE DE 2026 EN CASTELLON.

Este documento, titulado "Una nina de la guerra y su paso por Herencia" (Besana nueva epoca n. 17-18, IV Jornadas de Microhistoria), rinde homenaje a su memoria, a su lucha por recuperar su identidad y al vinculo inquebrantable que mantuvo con su familia adoptiva herenciana hasta el final de sus dias.

Herencia, a 7 de septiembre de 2026

Angel S. Martin-Fontecha Guijarro